

te mediante el juego de luces y sombras en los rostros, pero al mismo tiempo se revela como deficiente anatomista, por las desproporciones entre el tamaño de la cabeza y el resto del cuerpo, y por la notoria dificultad que experimenta al dibujar las manos. Rivera posee un sentido del espacio y de la representación de la naturaleza, y sin duda tenía nociones de perspectiva, logros éstos que deben considerarse dentro del contexto de la época.

Las anotaciones de los dibujos ayudan a situar cada imagen y le dan sentido en el tiempo, porque ahora sería casi imposible identificar, por ejemplo, el retrato de un hombre entrado en años que corresponde a "Don Eloy, proveedor del ejército liberal", el sitio de "Capitancito, lugar donde se peleó para abrirse el paso". Las descripciones son concisas: "Puente de Peralonso tomado por el occidente"; "Cadáver de un revolucionario en la trocha de Ocaña, batallón Libres de Ocaña"; "La cocina de Máxima". Algunas otras parecen tener un tono humorístico: "Entrábasele el humo a los ojitos"; "Dr. Nemequene. Receta: cuando duele fuertemente la cabeza, aplíquese un sinapismo en la cadera"; "Con tus ojos me arrebatas: capitán Gaitán mirando al enemigo"; "Después de pasar la trocha (el zorro García) quemósele la levita asando carne". Uno de los retratos femeninos ofrece un sugestivo enigma: al pie de la imagen soñadora de "la cucuteña de Morretón", se lee "—Volverá?...".

El folleto complementario, escrito por Beatriz González, presenta aspectos de la vida de este singular artista y soldado, así como una ubicación del momento histórico que le tocó en suerte. Rivera, de quien no se saben las fechas de nacimiento y muerte, fue alumno de grabado de Antonio Rodríguez, el maestro español que trajo a Colombia Alberto Urdaneta a raíz de la fundación del *Papel Periódico Ilustrado*. Sus primeras obras conocidas son unas xilografías destinadas a la revista *Colombia Ilustrada*, y después de 1894 realizó retratos grabados, de

distintos personajes, con los que ilustró publicaciones periódicas, así como 169 imágenes destinadas a dos libros de técnica militar.

La vinculación de Rivera a una causa política la fecha González en 1897, a raíz de los retratos que elaboró de dos combatientes de la guerra cubana. Entre 1894 y 1898 fue jefe de la sección de grabado de la Escuela de Bellas Artes, cuyo reglamento al parecer redactó, y a partir del cual se comprueba que la enseñanza de la xilografía se basaba en la "interpretación" de fotografías, tanto de figuras humanas como de paisajes, lo cual les facilitaba la labor a los alumnos y disminuía las exigencias de tener que trabajar a partir de un dibujo original.



En la Exposición de 1899 el jurado excluyó el grabado de los premios del certamen por considerar que las obras presentadas no eran de buena calidad, tal vez en parte porque los resultados que se obtenían con el fotograbado superaban en parecido, calidad y modernismo a la xilografía.

Seis meses después de inaugurada la Exposición, Rivera se encon-

traba en Bucaramanga vinculado como soldado liberal a la más larga y cruenta de las guerras decimonónicas colombianas. Con excepción de más de dos centenares de grabados y de sus recuerdos de campaña, casi nada más queda de su trabajo. El rastro de su vida se pierde después de que, con su amigo Darío Gaitán, colaborara con los grabados utilizados por Uribe Uribe para emitir el papel moneda que alimentó las arcas revolucionarias. Como afirma la autora, sobrevivió a la trágica derrota de Palonegro y tal vez siguió a su jefe. No hay constancia de que fuera preso y tal vez cayó fusilado. Cabe preguntarse qué habría sido de Peregrino Rivera Arce si no se lo hubiera devorado la guerra. Acaso el arte colombiano habría contado no sólo con un grabador aplicado y un sensible dibujante, sino con un buen retratista y paisajista al óleo.

SANTIAGO
LONDOÑO VÉLEZ

1. Se conserva la ortografía original. Esta transcripción difiere ligeramente en cuanto a la puntuación, las mayúsculas y el primer verso, con respecto a la ofrecida en la publicación, pues allí se le agregan dos puntos aparte, se considera el título como primer verso y se suprimen 9 de las 11 mayúsculas con que comienza cada verso en el original.

O gloria inmarcesible, o júbilo inmortal: una de dos

Santa Fe: 60 años (1941-2001)

Víctor Diusabá Rojas

y *Guillermo Ruiz Bonilla*

Santa Fe Corporación Deportiva,
Bogotá, 2001, 205 págs., il.

A M. C.

Fue en los tiempos en que *fútbol* se escribía *foot-ball* y al centro medio, que era el rey del campo, se le llamaba *center-halfback*. Ocurrió hace

sesenta años. Sesenta y cuatro, para ser más exactos. El 28 de febrero de 1941 se reunieron en Bogotá quince amigos y, según reza el acta constitutiva, "resolvieron crear un Club Deportivo de Foot Ball Association que llevará por nombre Club Independiente Santa Fe". Casi todos ellos eran alumnos o ex alumnos del Gimnasio Moderno, un colegio surgido en 1914 de liberales, católicos progresistas y masones como reacción ante la educación confesional y conservadora de la época.



El nacimiento del "Santafecito lindo", como dice el grito popular con más cariño que espíritu guerrero, marcó una etapa en el fútbol colombiano. Fue, por una parte, la formalización del club que en 1948 iba a ganar el primer campeonato profesional de fútbol en Colombia. Y fue, por otra, la consagración de la universalidad de este deporte que une a los hinchas de una misma bandera por encima de razas, religiones, sexo y condición social. En el caso de Santa Fe, propició un fenómeno curioso que Marx no hubiera entendido pero Pelé sí: que un club forjado en el más exclusivo de los colegios de Bogotá pudiera convertirse

en el emblema del pueblo llano y ganar seis campeonatos entre 1948 y 1975.

La historia de ese tránsito de la calle 76 con carrera 11 a los barrios del sur y de esa recocha de amigos a uno de los conjuntos más galardonados de Colombia es la que transcurre entre las carátulas de *Santa Fe: 60 años (1941-2001)*, escrito por los periodistas Víctor Diusabá Rojas y Guillermo Ruiz Bonilla, y publicado por el propio club. Son 205 páginas que harán suspirar, sin duda, a los seguidores de la divisa blanca y roja, pero que disfrutarán también quienes muestran interés por la historia de nuestro fútbol.

Que nadie busque allí, eso sí, una narración neutral y crítica de la historia santafereña, como puede ser la muy completa de Jimmy Burns Marañón, periodista del Financial Times, sobre el Barcelona FBC (*Barça: la pasión de un pueblo*, Barcelona, Anagrama, 1999). El libro de Diusabá y Ruiz no habla sobre pasiones: es pasión. Los autores no se preocupan por ocultarlo, sino que lo exhiben desde la primera página, donde aparece una dedicatoria de Diusabá a su hijo Víctor Daniel, "quien vive y lleva puesta para siempre esta pasión"; dedicatoria que hace extensiva, en pareado inintencional, "a todos aquellos que se llaman santafereños, una condición que no tiene clases ni dueños".

Conviene advertir que estos renglones de reseña tampoco pueden ser neutrales. Los escribe alguien que lleva el escudo del Santa Fe grabado en el pecho y que contribuyó al libro de marras con un artículo titulado "Una cierta sonrisa", donde se exponen doce razones (deleznable) para no ser hincha del Santa Fe. También figuran en la nómina de colaboradores otros fanáticos cuya enfermedad ha sido más o menos estudiada por la psiquiatría. Entre ellos, Alfonso Cano Isaza ("Remembranzas del Santafecito lindo"), Yamid Amat ("Historia de amor"), Fernando González Pacheco ("Ser santafereño"), Ómar Rincón ("¡Santa Fe, mi religión!"), Jorge Barraza ("Santa Fe

del alma"), Eduardo Arias ("Amor a la camiseta") y Alfonso Ospina Torres ("Una razón para vivir"). Por el contenido lírico de los títulos pueden ustedes juzgar el grado de fiebre de los autores.



Diusabá y Ruiz optan por una fórmula de mosaico. En vez de relatar la historia lineal del club, se detienen en algunos momentos claves y datos sobresalientes. Hay un buen capítulo sobre el nacimiento, seguido de apartes sobre los seis campeonatos que ha ganado el equipo (1948, 1958, 1960, 1966, 1971 y 1975). Luego proporciona datos del desempeño de Santa Fe en torneos internacionales, el desfile desgarrado de hinchas-escritores, y un pasajero e inevitable apartado sobre la junta que lanza el libro y el Santa Fe del 2001. Para finalizar, aparece un completo álbum de los equipos profesionales que han vestido aquel uniforme importado del Arsenal FBC inglés, una lista de extranjeros que tuvieron la gloria de militar en el Santa Fe y una "Galería de la fama"

con treinta nombres y rostros legendarios: desde el gran "Maestrico" Alfonso Cañón hasta Hernando Piñeros, pasando por apellidos que constituyen un hermoso poema futbolístico: Devanni, Sekularac, Panzutto, Gottardi, Valencia, Preciado, Campaz, Perucca, Pandolfi, Walzinho, "Teto" Díaz, Prospitti, Céspedes, Pontoni, Dokú, Basílico, Pezzazzo, Silva, Sarnari, "Chonto" Gaviria...

Ovaldo (pág. 45). La celebración del título de 1971, ganado en Cali frente al Nacional, no tuvo lugar en la churrasquería de Castroneves: no existió Castroneves, sino Castrovno, temible defensa argentino que, una vez retirado, siguió rompiendo huesos y partiendo carne en el delicioso asadero que fundó en la capital del Valle (pág. 61). El segundo apellido de Guillermo Cortés, uno de los mejores presidentes que



Uno de los aspectos más atractivos de *Santa Fe: 60 años* son sus fotografías. Llegué a contar más de 373. Algunas corresponden a acciones históricas, como aquel golazo de cabeza que anotó "Maravilla" Gamboa al enorme Amadeo Carrizo en El Campín en 1967; otras son curiosos recuerdos personales, como el de Perucca y Pontoni junto a un flamante automóvil de la época; abundan las instantáneas que recogen hervores multicolores de la hinchada; también los retratos de carné, que nos sorprenden a quienes fuimos niños en la época de Eldorado, pues revelan cuán jóvenes eran en realidad esos jugadores que se nos antojaban monstruos de avanzada edad. Hay que dar tres cornetazos de aplauso —"¡ta-ta-ta!"— a la labor de pesquisa gráfica en que se empeñaron los autores.

Curiosa y colombianamente, el libro tiene errores pequeños pero inexplicables en una edición cuidada. Creo recordar, por ejemplo, que "Copetín" Aponte dio su nombre a la historieta de Franco, y no al revés, como dice en la página 36. Ayala, portero campeón de 1966, no se llamaba Oswaldo sino —vaya usted a saber por qué— simplemente

ha tenido el Santa Fe, no es Franco, como señala la página 127, sino Castro. En cuanto a la honrosa expulsión de quien esto escribe cuando hacía las veces de delegado del club, según registra la foto de la página 101, debo decir que el incidente con el árbitro Orlando Sánchez no ocurrió en Cali sino en Pereira y fue, por supuesto, una injusticia. Ese día perdimos porque fue expulsado medio equipo, entre ellos el delegado. Que Dios perdone a Sánchez su parcialidad localista, porque yo no he logrado hacerlo.

Es preciso afrontar la realidad y decir que desde hace veintinueve años Santa Fe no gana un campeonato. Demasiadas cosas han pasado —muchas de ellas malas— en el fútbol colombiano. Teníamos la esperanza de que el 2001 podía clavar una nueva estrella en el firmamento rojo. Nos acercamos a la meta, pero la perdimos nosotros mismos en nuestra propia casa al fallar en los partidos finales. Nos han tocado retazos de gloria inmarcesible y momentos de júbilo inmortal, pero no siempre de forma simultánea.

Seguimos, pues, viviendo de los laureles del pasado y de las esperanzas del futuro. Si tenemos en cuenta

que cada torneo de fútbol corona sólo un campeón al año, ¿no es eso acaso lo que ocurre al 90 por ciento de los equipos del mundo? Son cientos, miles, cientos de miles de equipos. Pero para la mitad de los hinchas de Bogotá sólo hay uno por el que vale la pena luchar: Santafecito lindo.

DANIEL SAMPER PIZANO

Sólo tú sabrás que hacer con esto

La cuarta batería.

Gentes en menguante

Eduardo Zalamea Borda

Prólogo de Juan Gustavo Cobo Borda.

Transcripción de Angelina Araújo

Vélez. Coda de Juan Díaz Zalamea

Villegas, Bogotá, 2001, 219 págs.

Cuenta Juan Gustavo Cobo Borda que una vez el pintor Alejandro Obregón le entregó una carpeta negra cuyas páginas estaban escritas con tinta morada y que le dijo: "Sólo tú, Juan, sabrás qué hacer con esto" (pág. 9). Un vistazo le bastó a Cobo Borda para comprobar el valor del manuscrito. El autor era Eduardo Zalamea Borda, y la obra *4.ª Batería*, una de las célebres novelas perdidas de nuestra historia literaria¹. Durante años se había creído que la novela había desaparecido en el incendio que destruyó las oficinas del periódico *El Espectador*, el 6 de septiembre de 1952. Zalamea Borda la había escrito en 1936, había publicado algunos episodios en la revista *Pan* y en la *Revista de las Indias* y luego, al parecer, la había olvidado en algún cajón de su escritorio hasta que el fuego la destruyó. Cobo Borda, sin embargo, pudo concluir que esa historia no era del todo cierta: casi todas las páginas de la novela habían sobrevivido al incendio y, además, habían sido leídas por veintiséis lectores, como lo demostraban las cinco firmas que aparecían al final de la primera parte y las vein-